—Haced el favor de llamar á vuestro padre.

Mientras Víctor Hugo hablaba en voz baja con uno de sus vecinos, trabé conversación con un señor que estaba á mi lado, un hombre como de cincuenta años, con una hermosa fisonomía de artista; el cual, á las pocas palabras, me dijo que era amigo de Víctor Hugo y que algunas veces escribía cartas en su nombre.

Entre otras cosas, le hablé de la emoción que había sufrido aquella mañana al subir la escalera.

—¿Por qué?—me preguntó con amabilidad. —¡Víctor Hugo es tan dulce y tan afable con todos! Tiene el corazón de una niña y las maneras de un niño. Todo lo que hay de grande y de áspero en sus libros sale de su gran fantasía, no de su corazón. ¿No veis qué dulzura manifiestan sus miradas? Miradlo.

Lo miré. Justamente en aquel instante estaba tan cejijunto y sombrío, que no hubiera podido sostener su mirada, más sin embargo. —Es verdad—respondí.

Después me habló de sus costumbres.

—Tiene los hábitos más sencillos del mundo—dijo.—¿No lo habéis encontrado nunca en la imperial del ómnibus de la calle de Clichy? De cuando en cuando va á dar una vuelta por París en el ómnibus que pasa por su calle, especialmente cuando tiene que escribir. Encontrarse así en medio del pueblo, volver á ver tantos sitios llenos de recuerdos para él, contemplar á París al vuelo, desde lo alto, con el aire fresco de la mañana, lo inspira.

En aquel momento cogí al vuelo una frase de Víctor Hugo que me quedó grabada en la memoria: *La Academia* decía, *está llena siempre de bondad para conmigo.*—Entonces recordé que había oído decir que en una ocasión, al aparecer él en la Academia, todos los académicos, caso rarísimo, se pusieron en pie.

Y mi vecino continuó diciendo:

—Trabaja todos los días, trabaja siempre. Desde que se levanta por la mañana hasta las cuatro de la tarde está en su mesa. Su cerebro está siempre en actividad. La creación es una de sus necesidades. Aun cuando no está inspirado, trabaja, como él dice, *para hacerse la mano.* No le basta todo el día para estampar en el papel todo lo que hierve en su cabeza y en su corazón. Pero el buen Dios le concederá larga vida y aun nos dará veinte volúmenes.

Escuchando estas palabras no podía menos de mirar á aquel anciano maravilloso como una criatura de otro mundo, y al pensar que todavía trabajaba á su edad, con un vigor que yo jamás había tenido, y que llevaba ya trabajando de aquella manera veinticinco años antes de que yo hubiera nacido, me sentí anonadado.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Entretanto, Víctor Hugo hablaba de muchas pequeñas ocupaciones que con frecuencia lo hacían perder el día casi sin advertirlo, y decía con voz fatigosa, pero con la mayor sencillez:

—*Yo no dispongo de un minuto, ya lo veis.*

Y todos contestaron á una voz:—¡Cierto!

Después comenzaron unos y otros á contar bagatelas, con el propósito, según creo, de alegrarle; pero rara vez lo conseguían. De cuando en cuando echaba una mirada á su alrededor y se fijaba sobre el joven belga ó sobre mí, como si tan solo en aquel momento se acordase de que estábamos allí, y, para quitarnos esta sospecha, nos saludaba con una benévola sonrisa, que quería decir: «No os olvido.» Después la tristeza volvía á caer sobre sus ojos como una sombra.

Entretanto, yo espiaba el momento de poder decirle en un rincón cualquier cosa que nadie oyese. Entonces no me faltaba qué decirle. Entonces había recobrado el valor y se agolpaban mil preguntas á mi imaginación. Hubiera dado un año de vida por poder estar solo con él una hora, cogerle las manos y decirle cara á cara, mirándole fijamente: «Hugo, yo quiero leer en tu interior. ¿Qué sientes dentro de ti cuando escribes?—¿Qué ves en el aire que te rodea; qué voces oyes, y quién te habla al oído cuando creas?—¿Qué es lo que haces en tu aposento cuando brilla en tu mente una de aquellas grandes ideas que circulan por toda la tierra, y cuando brota de tu pluma uno de aquellos versos que penetran en el corazón como una puñalada ó como el grito de un ángel? —¿Dónde has conocido á tu *Rosa* de la *Vieja canción de la primavera*, que me hizo estar suspirando un año?—¿De dónde has sacado aquel espantoso Mazzeppa cuya huída estoy viendo eternamente?—¿Cómo has soñado la novia del Timbalero?—¿Dónde encontraste á Quasimodo?

—¡Revélame uno de tus mil secretos. Háblame de *Fantina*, háblame del *Pequeño rey de Galice*, dime algo del Marqués de Lantenac, explícame cómo se te apareció el espectro que te inspiró aquella despiadada lluvia de sangre sobre la frente del parricida Kanut y el horrible ojo de fuego que persigue á Caín; dime de qué sitio del infierno has desenterrado el amor del sacerdote Claudio y en qué parte del cielo has visto el blanco rostro de Dea! ¡Háblame de tu infancia, de las primeras revelaciones de tu genio, de cuando Chateaubriand te llamó *niño sublime;* cuéntame algo de tus vigilias tempestuosas; dime si gritas cuando se te aparecen las imágenes que nos espantan; dime si lloras cuando escribes aquellas palabras que arrancan sollozos; descríbeme tus torturas,

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

tus embriagueces y tus furias, anciano terrible y misterioso!...

*
* *

Pensando en estas cosas, buscaba una frase de efecto con que empezar el discurso, en el caso de presentárseme la ocasión.

La fortuna me ayudó. Víctor Hugo salió un momento, después volvió cerca de la chimenea y se sentó á mi lado. La conversación se había dividido. El momento no podía ser más oportuno. Cien preguntas se agolparon á mis labios, y comencé diciendo con atrevimiento:

—¡Señor!...

Víctor Hugo se volvió cortésmente, me puso la mano sobre una rodilla y me miró como dispuesto á escucharme.

¡Qué queréis, caros lectores! Hay desgracias que pueden suceder á todos. ¿Os acordáis del sastre literato de *Los Novios de Manzoni*, que después de haber estudiado mil cosas bonitas para lucirse diciéndoselas al cardenal Federico, cuando llegó el momento no supo decir mas que: «Figuraos,»... de lo que quedó avergonzado toda su vida?—Pues bien, me duele el decirlo, y lo digo para castigarme: yo hice el

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

mismísimo papel que aquel sastre; quizá un papel más triste. La mirada fija de Víctor Hugo me turbó, todas mis bellas ideas escaparon, y no dije más que esto...

En suma, es preciso que lo diga.

¡Le pregunté si había ido á la Exposición!

Y quedé anonadado por mi pregunta.

No recuerdo qué me contestó Víctor Hugo. Recuerdo sí, tan sólo, que algunos momentos después, dijo hablando de la Exposición: "*Es un hermoso juguete.*"

Uno de los presentes le objetó:—*Mas es inmensa, maestro.*" Y él respondió sonriendo: —*Es un inmenso juguete.*"

*
* *

Me pareció haber oído, con corta diferencia, estas palabras desde el oscuro fondo de mi humillación. Y no osé volver á abrir la boca. Poco después, Víctor Hugo cambió de sitio, y las conversaciones parciales volvieron á fundirse en una sola: había perdido la ocasión. Pronto quedé consolado. Víctor Hugo comenzó otra vez á hablar, y yo, cerrando á medias los ojos y mirando á lo alto para estar un poco á solas conmigo mismo, comencé á sentir de nuevo

todas las gratas emociones de que era deudor á aquel hombre, acompañando mi pensamiento con el sonido dulce y sereno de su voz, y pensé en las lecturas de *Nuestra Señora*, que había hecho escondido detrás de los bancos de la escuela; en tantas veces como había besado los tomos de las *Contemplaciones* entre los jazmines del jardín de mi casa paterna; en sus versos, que solía declamar bajo mi tienda de campaña, de noche, en el silencio de los campamentos, en los latidos que daba mi corazón la primera vez que cayó bajo mis ojos un informe retrato en litografía; en la inmensa distancia que veía entre él y mi deseo de conocerle; en la pequeña ciudad de provincia donde había leído su primer libro; en un día en que, siendo todavía niño, había hecho reir á mi padre preguntándole: «Si de repente apareciese Víctor Hugo mientras estamos en la mesa, ¿qué harías?» Todos estos lejanos recuerdos, evocados allí, cerca de él, me conmovían y repetía en mi interior: «Ahora lo he conocido, lo conozco, estoy en su casa; él está aquí, á un paso de distancia. Pero ¿es verdad?»—Y abrí los ojos y dije: ¡Hélo allí, á mi querido y terrible Hugo; vive Dios que no es un sueño!

Mientras me abandonaba á estos pensamientos, sentí que todos los circunstantes se levantaban y saludaban. También yo me acerqué á Víctor Hugo, estreché su diestra contra

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

las dos manos.... y no pude decir una palabra.

Pero él me miró y me comprendió, y dijo, estrechándome la mano, con una mirada sonriente y un poco triste:—Adiós, querido amigo.

Y en seguida añadió:— Adiós no. Hasta la vista. ¿No es verdad?

No sé... pero me parece que cometí la barbaridad de contestarle:—Hasta la vista.

Y salí de allí conmovido, feliz, con un poco de melancolía y muy confuso, dando un tropezón contra una butaca.

*
* *

Esta es la impresión que me produjo Víctor Hugo en su casa. Pero no le habría visto completamente si no le hubiera observado en público, en una de aquellas solemnidades, en las que, sean lo que quieran, su presencia es el espectáculo que se desea con más curiosidad. Le vi en el teatro del *Châtelet* cuando pronunció su discurso presidencial en la inauguración del Congreso literario.

Una hora antes de que apareciese, aquel espacioso teatro estaba ya atestado. El patio se encontraba lleno de escritores y artistas de to-

dos los países, entre los que se cruzaban miradas curiosas, señas y preguntas, conociendo todos entre aquella multitud muchos nombres y pocos rostros y siendo el deseo de todos aumentar en aquella ocasión sus conocimientos. Se notataba un gran movimiento de cabezas canas y juveniles, de hermosos ojos llenos de inteligencia, de rostros que se acercaban y sonreían, de cabelleras negras que se inclinaban ante las canas, de manos que se buscaban y se estrechaban, y se oía hablar en todas las lenguas y correr por todas partes un estremecimiento de vida que alegraba.

En el vasto escenario iluminado estaban los representantes de todas las naciones, desde Suecia á Italia y de la República de San Salvador á Rusia: un gran estado mayor de poetas, de novelistas, de sabios, de hombres de Estado, de publicistas y de editores, entre los que descollaban el rostro fino y sonriente de Tourguenieff, la hermosa cabeza atrevida de Edmundo About y la figura simpática de Julio Simon, sobre los que se fijaban todas las miradas.

Pero la gran curiosidad era ver á Víctor Hugo. Había centenares de extranjeros que nunca le habían visto; su nombre resonaba en todos los labios y casi todos los ojos estaban vueltos hacia la parte del escenario por donde había de aparecer. A cada movimiento que se verificaba

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

en la escena respondía una profunda conmoción en todo el teatro. Era hermoso y consolador ver una curiosidad tan ardiente en aquella multitud de tan diversas razas y pensar que quien la provocaba era un viejo poeta. De improviso, todos los delegados se pusieron de pie, se vió aparecer entre aquellas cabezas grises y blancas una más blanca que todas las demás, y una formidable salva de aplausos, un aplauso de aquellos que deben dejar en el alma del que le recibe un sentimiento casi de temor, y que, repercutiéndose en el espíritu de los que aplauden, agigantan el sentimiento que los hiciera estallar; un solo aplauso, inmenso, tempestuoso, obstinado é interminable, hizo estremecer el teatro. Por la fisonomía de Víctor Hugo pasó un relámpago, uno solo, pero que descubrió toda su alma. Inmediatamente después recobró su habitual aspecto serio. Se acercó á la embocadura con paso algo inseguro, rodeado de su ilustre séquito, se colocó al lado de una mesa, y comenzó á leer su discurso escrito con caracteres enormes sobre grandísimas hojas.

*
* *

No fué uno de los discursos en que estuvo más feliz, pero no era ocasión aquella para juzgarlo.

Leía lentamente, en alta voz, acentuando con arte perfecto cada frase, cada palabra, cada sílaba. Su voz es todavía gallarda y sonora, aunque en los períodos largos se fatigue un poco y deje escapar alguna vez notas agudas y estridentes. Tuvo momentos soberbios. Cuando dijo: «Vosotros sois los embajadores del espíritu humano en este gran París; sed bien venidos; la Francia os saluda:» pronunció las últimas palabras con un acento tan lleno de nobleza y un gesto tan amplio y vigoroso, que todo el teatro se conmovió. Cuando dijo: «*Hombres del pasado, tomad vuestra resolución, no os tememos,*» y, al decirlo, sacudió y levantó como un león su poderosa cabeza, y fijó los fulgurantes ojos en el fondo de la sala, en son de desafío y amenaza, y quedó un momento inmóvil, con el rostro lleno de fuego, en medio de silencio profundo, estuvo verdaderamente hermoso y terribles como un canto de sus *Castigos*, y toda la sala sufrió un estremecimiento.

Después, su discurso, lleno hasta entonces de sorda cólera, se dulcificó al hablar de la amnistía; entonces su voz cambió de sonido, parecía otra, y dijo estas nobles palabras: «Todas las fiestas son fraternales; una fiesta no es fiesta si no se perdona á alguien» con un acento de suavidad tan inexplicable, de compasión y de plegaria, que suscitó en la multitud un

violento murmullo de asentimiento más elocuente que el aplauso.

En fin, al decir esta frase: «Hay una cosa más grande que todos los triunfos, y es el espectáculo de la patria abriendo sus brazos al proscrito que aparece en el horizonte,» dió color á su pensamiento con un gesto tan solemne y una mirada tan dulce y tan triste, que provocó una tempestad de aplausos y de gritos.

Después de él hablaron otros muchos, terminando sus discursos con un reverente saludo al gran maestro, pero él no demostraba conmoción. Sólo de vez en cuando se iluminaba su frente, pero volvía á oscurecerse al momento, como si el pensamiento obstinado é implacable que le había dejado libre un instante, volviera á apoderarse de él. Terminado el último discurso, se levantó y se preparó para salir. Entonces estalló, como un trueno, el último aplauso, más ardiente, más ruidoso y más persistente que el primero, acompañado de una explosión de gritos y entusiasmo que le obligó á detenerse. Aquel aplauso no era para su discurso, era un aplauso á las *Orientales* y á la *Leyenda*, era un tributo de gratitud al poeta de los grandes afectos, un saludo al antiguo luchador, un buen augurio al septuagenario, un adiós al hombre que muchos no habían acaso de volver á ver más.

El contestó con una larga mirada, y desapareció.

*
* *

Tal es Víctor Hugo como yo le vi, en el colmo de su gloria. ¿Lo verán en la misma altura las generaciones del porvenir?—Los más lo dudan. Pero el tiempo no podrá hacer otra cosa que arrancarle la piel; su osamenta colosal quedará en pie como enorme árbol deshojado, sobre el horizonte de la historia literaria del siglo, y legiones de ingenios, volarán, con las plumas desprendidas de sus alas.

Es uno de esos escritores poderosos que se presentan á la posteridad ensangrentados, descabellados y anhelantes, ostentando en su escudo los títulos de sus obras, como los nombres de las batallas ganadas, ó de gloriosos desastres ó de locuras sublimes, y la posteridad los saluda con respeto, como á los grandes atletas heridos. Será admirado, á lo menos como uno de los más extraños fenómenos literarios de su tiempo y uno de los más maravillosos ejemplos de la fuerza y del atrevimiento del espíritu humano. *Es un buen espectáculo,* como dice él mismo, *que se encuentren sobre las cumbres estos grandes ejemplos de audacia.* El ha marcado las alturas á que puede llegar el genio, ha iluminado los abismos en que puede caer. Ha hecho pensar y conmoverse, durante medio siglo, á millones de criaturas humanas. Aun cuando no quede más de él, quedará siempre como un hecho histórico su inmensa popularidad entre todas las gentes, como un consolador ejemplo del eco que puede encontrar en la humanidad la palabra de un hombre que no tiene mas fuerza que la palabra. Pero Víctor Hugo quedará siempre firme y soberbio sobre una cumbre de la literatura, y cuanto más se hunda ésta en el escepticismo y en la sensualidad, en su país y en toda Europa, más alta y más noble aparecerá su lejana figura. Todavía no ha concluído la jornada del gran obrero. Ahora parece que atraviesa un triste período. Dios quiera que salga de él y que oigamos aún muchos años su poderosa voz que conmovió la juventud de nuestros padres. Dirá hasta su último momento algo grande y verdadero. La hemos oído cuando niños; quisiéramos oirla todavía «cuando el árbol comienza á devolver á la tierra sus hojas muertas.»

*
* *

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

¡Dios quiera que el gran poeta, nacido en el alba del siglo, lo acompañe hasta su ocaso, que su genio brille y resplandezca mientras lata su corazón, y que la Europa recoja á un tiempo el último suspiro de su vida secular y el último canto de su inmortal epopeya!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

VIII

LO QUE SE PUEDE APRENDER EN FLORENCIA

—

Qué cosas obliga á decir el despecho!

Hace algún tiempo, habiéndose corrido la voz de que el ministro de la Guerra quería trasladar la escuela militar de Módena á Florencia, para que los alumnos pudiesen aprender mejor el italiano, un periódico de la Alta Italia dijo las siguientes textuales palabras:

«Y ¿qué podrán aprender los alumnos en Florencia? Algún idiotismo, y pare usted de contar.»

La especie es gorda, archigorda más bien, ó, por mejor decir, de mala ley.—Y, sin embargo, si hemos de ser justos, no hay por qué maravillarse tanto; la opinión de quien escribió aque-